

ESCLAVITUD Y LIBERTAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

de la colonia a la independencia

edmund s. morgan

Traducción: Teresa Arijón
Revisión de la traducción: María Inés Tato

 **siglo veintiuno**
editores

1. Sueños de liberación

Corría el año 1576 y el pueblo de Virginia era presa del miedo. Un año atrás, el general Edward Braddock había marchado contra los indios y los franceses en la frontera occidental de la colonia. Braddock había sido superado por las fuerzas enemigas y los virginianos debían enfrentar ahora una invasión. El reverendo Samuel Davies los incitaba a la batalla, pues de lo contrario "los indios salvajes y los papistas franceses, tristemente célebres en el mundo entero por la traición y la tiranía, gobernarán a los protestantes y los británicos con vara de hierro". Davies estaba convencido de que los virginianos jamás cederían su libertad. "¿Podéis tolerar la sola idea", les preguntaba, "de que la esclavitud haga rechinar sus cadenas en esta Tierra de Libertad?"¹ Las tropas británicas hicieron retroceder a los franceses y así impidieron que Virginia cayera víctima de la esclavitud a manos de los papistas y los salvajes. No obstante, en esa Tierra de Libertad—incluso en el momento mismo en que Davies pronunciaba esas palabras—dos quintos del total de la población ya vivían esclavizados de hecho, bajo la vara de hierro de unos años "protestantes y británicos".

Veinte años después, el pueblo de Virginia volvió a estar en peligro. La madre patria, que los había salvado de los franceses, amenazaba ahora con reducirlos a la esclavitud mediante el engañoso método de los impuestos parlamentarios. Tomaron las armas, junto con las otras colonias inglesas de América del Norte, para determinar—en palabras de Edmund Pendleton—"si hemos de ser esclavos"² George Washington, quien había ayudado a combatir el esclavismo papista, se preparó nuevamente para la batalla lamentando que "las otrora felices y pacíficas provincias de América vayan a ser inundadas de sangre o habitadas por esclavos". A su entender, era una alternativa lamentable. Pero también se preguntaba: "¿Puede un hombre virtuoso titubear en su decisión?"³ Washington condujo a sus compatriotas en armas y otro virginiano los

condujo hacia la Declaración de la Independencia que fundó la república norteamericana. El punto de partida de este documento, la premisa en que se basaba, era que todos los hombres habían sido creados iguales y que su Creador les había otorgado derechos inalienables a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Cuando Thomas Jefferson escribió estas palabras personalmente, estaba privando de su libertad a casi 200 hombres, mujeres y niños. Cuando murió, en el quincuagésimo aniversario de su gran Declaración, todavía era dueño de esclavos, probablemente más de 200. Cuando Washington debió afrontar su triste alternativa, las felices y pacíficas planicies de Virginia ya habían sido habitadas por esclavos durante más de un siglo y 135 de ellos eran de su propiedad. Cuando murió, era dueño de 277.⁴

La aparente contradicción, por no decir hipocresía, de los propietarios de esclavos devotos de la libertad no era una peculiaridad de Davies, Jefferson o Washington. Tampoco era una característica exclusiva de Virginia. Los hombres que se unieron para fundar los Estados Unidos independientes, consagrados a la libertad y la igualdad, o bien tenían esclavos o bien estaban dispuestos a aunar esfuerzos con aquellos que los tenían. Ninguno se sentía enteramente a sus anchas con ese hecho, pero tampoco ninguno se sentía responsable de ello. La mayoría había heredado tanto sus esclavos como su pasión por la libertad de una generación anterior, y sabía que ambas cosas no estaban desvinculadas. El ascenso de la libertad y la igualdad en Norteamérica había sido acompañado por el ascenso de la esclavitud.

El hecho de que dos procesos aparentemente contradictorios hayan ocurrido simultáneamente durante un período de tiempo prolongado, desde el siglo XVII hasta siglo XIX, es la paradoja central de la historia de los Estados Unidos de Norteamérica. Demostrar la conexión entre ambos procesos conlleva un verdadero desafío para cualquier historiador: el de explicar cómo un pueblo capaz de defender la libertad y la dignidad humanas —tal como lo demostraron los líderes de la Revolución Norteamericana— pudo, al mismo tiempo, desarrollar y mantener un sistema laboral que negaba la libertad y la dignidad humanas durante las veinticuatro horas del día.

La conexión entre esclavitud y libertad en los Estados Unidos es evidente en varios niveles, siempre y cuando nos tomemos el trabajo de verla. Pensemos, sólo por un instante, en la tradicional insistencia norteamericana en la libre navegación de los mares. "Los barcos libres hacen

mercancías libres" fue la doctrina cardinal de la política exterior norteamericana en la era revolucionaria. Pero las mercancías para las cuales los Estados Unidos exigían libertad eran producidas, en gran medida, por el trabajo esclavo. La ironía no es sólo semántica. La dependencia de los Estados Unidos respecto del trabajo esclavo debe verse en el contexto de la lucha de ese país por lograr una posición distintiva e igualitaria entre las naciones de la tierra. En la época en que los colonos comenzaron a reclamar esa posición, no tenían las armas ni los barcos para alcanzarla. Necesitaban con desesperación la ayuda de otros países, en especial de Francia, y la única mercancía valiosa con que contaban para comprarla era el tabaco, producido principalmente mediante trabajo esclavo. El tabaco era tan importante en las relaciones exteriores norteamericanas que un historiador se refirió a las actividades de Francia en apoyo de los norteamericanos como "la diplomacia del Rey Tabaco": una buena manera de recordar que la posición de los Estados Unidos en el mundo dependía —no sólo en 1776, sino durante mucho tiempo después— de los esclavos.⁵ Hasta cierto punto, puede decirse que los norteamericanos compraron su independencia con el trabajo de ellos.

Esa es la paradoja norteamericana, y a los norteamericanos les toca entenderla si quieren entenderse a sí mismos. Pero, históricamente, la pieza clave del rompecabezas se encuentra en Virginia, que era el eslabón más grande de los nuevos Estados Unidos en cuanto a territorio, población, influencia... y posesión de esclavos. Los virginianos eran dueños de más del 40 por ciento de todos los esclavos de la nueva nación. Los esclavos de Virginia cultivaron la mayor parte del tabaco que contribuyó a comprar la independencia norteamericana. Y el estado de Virginia fue la cuna de los voceros más elocuentes del país en favor de la libertad y la igualdad, y fue el que adoptó la primera constitución estatal con declaración de derechos. Fue un virginiano quien comandó el ejército continental que ganó la independencia. Los virginianos no sólo redactaron la Declaración de la Independencia sino también la Constitución de los Estados Unidos de 1787 y sus 10 primeras enmiendas. Bajo esa constitución, los norteamericanos eligieron a virginianos para ocupar la presidencia de los Estados Unidos durante 89 de sus primeros 36 años de existencia. Todos ellos eran dueños de esclavos. Para entender la paradoja norteamericana —el curioso matrimonio entre esclavitud y libertad— indudablemente hay que comenzar por Virginia.

Este libro pretende comenzar por allí. Puede leerse como una historia de los primeros años de ese estado, pero intenta ser algo más y, también, algo menos que eso. Es una historia de cómo un grupo de norteamericanos llegó a la paradoja norteamericana, y es un intento de ver cómo la esclavitud y la libertad llegaron a la primera colonia inglesa en América del Norte y crecieron juntas allí, la una sosteniendo a la otra.

Virginia fue bautizada así en 1585, cuando Sir Walter Raleigh promovió un asentamiento inglés en tierras americanas. La colonia de Raleigh, la famosa población perdida de Roanoke, fue el punto de partida de la historia de Virginia. Pero también fue un falso comienzo. El siguiente intento —Jamestown, en 1607— fue llevado a cabo bajo otros auspicios por hombres que algo habían aprendido del fracaso de Raleigh. No obstante, cabe señalar que la aventura de Raleigh fue un final pero también un comienzo, y que su infortunio fue el mayor en la romántica historia de un conjunto de colonos desaparecidos. Roanoke fue el fracaso de un sueño, un sueño que estuvo a punto de hacerse realidad, un sueño donde la esclavitud y la libertad aún no se habían casado, un sueño en el que los protestantes británicos liberaban a los pueblos oprimidos del Nuevo Mundo de la esclavitud que les habían impuesto los pápistas españoles.

Quizás no fuera más que un sueño. Quizás jamás podría haberse hecho realidad y quizás nadie pretendía realmente que se concretara. Nadie lo explicó en detalle y sólo podemos recuperarlo a grandes rasgos. Pero seguramente entenderíamos un poco mejor lo que hicieron los virgínianos después de 1607 si supiéramos lo que sus predecesores pensaban y no llegaron a hacer en el Nuevo Mundo.

Lo que pensaban hacer era salvarse a sí mismos y al resto de la humanidad del tirano español. Y si había pueblos que necesitaban salvarse, eran los del Nuevo Mundo. Porque cuando los ingleses comenzaban a sopesar —medio siglo después de Colón— el papel que desempeñarían en América, España ya se había apoderado del Caribe, América Central, México y gran parte de Sudamérica. La historia de la conquista española ha sido profusamente narrada y es, incluso en las crónicas de los españoles, una historia de horror.⁷ Decían haber encontrado en el Nuevo Mundo a los seres humanos más afectuosos y entrañables que habían visto en sus vidas. Por supuesto que también se habían topado con algunos caníbales que los recibieron con una lluvia de flechas emponzoñadas.

Pero no fue a los caníbales a quienes los españoles esclavizaron y destruyeron primero sino a los amables arahuacos o arawaks que Colón encontró en La Española.⁸ Había una gran cantidad de ellos (las estimaciones modernas más recientes calculan la población de la isla en aproximadamente ocho millones al momento del descubrimiento), y los españoles, aunque admiraron su sencillez y generosidad, los pusieron a trabajar con una impiedad que (junto con las enfermedades europeas) concluyó con su virtual exterminación. Medio siglo después de Colón sólo quedaban unos 300 arahuacos en La Española.

La historia se repitió en el resto de la América española: los nativos fueron reducidos a una especie de esclavitud o servidumbre, y catastróficamente diezmados. Los españoles llevaron a América esclavos de otras regiones, sobre todo de África, para reemplazarlos. A medida que la historia se propagaba por Europa en las asombrosas páginas del cronista Pedro Mártir y las fulminantes crónicas del fraile dominico Bartolomé de las Casas se agregaban nuevas dimensiones a la tradicional imagen europea de la crueldad española.

Los ingleses de mediados de siglo ya estaban experimentando, en su propio territorio, lo que consideraban una muestra de esa crueldad. El rey niño protestante Eduardo VI había muerto en 1553 y fue sucedido por María, su hermana católica, quien de inmediato se casó con Felipe, el futuro rey de España. Luego se produjo la serie de martirios y exilios que dieron origen al indeclinable odio de los ingleses protestantes hacia María y todo lo que fuera español. Los voceros protestantes pedían la caídas de la reina desde su exilio en el continente europeo y exponían teorías radicales sobre el derecho de los pueblos a juzgar a sus gobernantes. Uno de los expositores más enérgicos relacionó lo que les estaba ocurriendo a los ingleses en su país con los padecimientos de los indios en el Nuevo Mundo.

John Ponet, otrora obispo de Winchester, ofreció a sus compatriotas una multitud de ejemplos —tomados de la Biblia y de la historia antigua— de pueblos que habían resistido con todo derecho a sus pérfidos gobernantes. Pero también intercaló algunas mordaces referencias modernas, como la del malvado e idólatra príncipe Eglón, quien tomó como consejeros a varios amonitas y amalequitas, “dos clases de pueblos cuyo miserable orgullo e inmunda vida se asemejan en mucho a la común naturaleza de italianos y españoles”. Y cuando Ponet necesitó ilustrar las lamentables consecuencias de los monarcas que trataban a sus súbditos

para que le permitieran venderlos. Durante su último viaje, acompañado por Francis Drake, los españoles atacaron por sorpresa su flota de seis navíos que estaba anclada en el puerto de San Juan de Ulúa, en Méjico. Tras una feroz batalla, Hawkins y Drake lograron escapar en barcos separados, perdiendo el resto de las naves y 300 de sus 400 hombres. Hawkins consideró que había sido un ataque a traición, porque se había producido luego de un acuerdo solemne con entrega de rehenes por ambas partes. Si los marinos ingleses necesitaban una excusa para la piratería contra España, ya la tenían. Y quien en primer lugar supo aprovechar la excusa fue Francis Drake.¹⁰

Había pretendido negar que Francis Drake era un pirata y que su aventura en Panamá, cuatro años más tarde, fue, lisa y llanamente, un robo, o, en el mejor de los casos, un asalto a mano armada. Pero fue de la magnitud que transforma el crimen en política. Casi medio siglo después Walter Raleigh —amigo dilecto de Drake—, mientras esperaba ser juzgado en la Torre de Londres, resumió el caso con su habitual concisión. Raleigh había admitido ante el Lord Canciller de Inglaterra que, al haberse topado con la flota española durante un viaje reciente en alta mar, se habría apoderado de todos sus tesoros. "Pero entonces", dijo el Lord Canciller, "habría sido un pirata." "Oh", replicó Raleigh, lamentando todavía la oportunidad perdida, "¿acaso sabéis de alguien que haya sido ultado de pirata por adueñarse de millones? Los piratas son los que se arriesgan por cosas pequeñas."¹¹ El hombre que roba un imperio no se transforma en ladrón sino en emperador. Si un pirata captura un botín lo suficientemente grande, puede transformarse en estadista. Francis Drake no les hacía asco a los botines pequeños pero en 1572 andaba detrás de uno muy grande: el tesoro español de Perú, transportado por una recua de mulas a través del istmo de Panamá hacia el pueblo Nombre de Dios en la costa del Caribe. Lo sorprendente no es que lo haya obtenido, ni que se haya llevado todo lo que pudo, sino el método utilizado: un método que, si no lo convirtió en estadista, al menos lo transformó en algo parecido a un revolucionario.¹²

Según parece, Drake ya había estado en la costa de Panamá antes de 1572 y conocía el camino. También sabía que la flota española cargaba los tesoros de Perú para el último tramo del viaje a España en un pueblo llamado Nombre de Dios. Lo que evidentemente no sabía era en qué momento del año se hacían los embarques porque, cuando llegó, el oro no estaba allí. Después de sitiar el pueblo durante unas horas se vio obligado

como esclavos, lo encontró en el imperio que España había forjado en el Nuevo Mundo. Apropiándose de las palabras de Pedro Mártir, contó que, antes de la llegada de los españoles, los nativos de las Indias Occidentales "eran hombres simples y llanos, y vivían sin grandes trabajos". Los españoles, codiciosos de oro, "obligaron a los nativos (que no estaban acostumbrados a trabajar) a pasar el día entero bajo el sol ardiente, buscando oro en las arenas de los ríos. Debido a esto muchos de ellos (no habituados a tales pesares) percieron, y muchos otros (viéndose arrastrados de una vida tranquila a tamaña miseria y esclavitud) se dieron muerte por mano propia, presas de la desesperación. Y muchos otros no se casaron, porque no querían que sus hijos fueran esclavos de los españoles". Según Ponet, los ingleses no tendrían tanta paciencia. María Tudor debía recordar que gobernaba "un país de hombres libres, no de siervos" y que no podía "entregarlos ni venderlos como esclavos y siervos".⁹ En Inglaterra no había esclavos.

Cuando Isabel sucedió a María en el trono inglés en 1558, los protestantes no creyeron necesario ni político dirigir esa clase de advertencias a su reina. Pero conservaron cierta simpatía por las víctimas americanas de la opresión española. Las riquezas obtenidas gracias al trabajo esclavo en el Nuevo Mundo habían contribuido a transformar a España en la mayor potencia del Viejo Mundo, una potencia quizás lo suficientemente fuerte para adueñarse de Europa y someter a sus pueblos a la misma esclavitud que padecían los indios. Además, el agresivo catolicismo español representaba un desafío para los protestantes. Todo golpe que recibiera España en el Nuevo Mundo sería un golpe dado en nombre de la verdad y la libertad.

La situación invitaba a pensar una estrategia que llevara la libertad al Nuevo Mundo y, al mismo tiempo, liberara al Viejo Mundo de la amenaza española. Esa estrategia se desarrolló y, como suele suceder en la historia de la libertad humana, recibió el puntapié inicial de manera casi accidental: a partir de una empresa turbia destinada al beneficio privado. Todo comenzó con las actividades de John Hawkins de Plymouth, un hombre de dudosa moral pero indudable audacia que conocía la incesante demanda de esclavos africanos en la América española. Aunque los portugueses habían prohibido el comercio inglés en África y los españoles habían hecho otro tanto en el Nuevo Mundo, Hawkins —en tres viajes distintos— compró, robó y capturó esclavos en la costa de Nueva Guinea y los trasladó al territorio español, donde intimidó a las autoridades

24 ESCLAVITUD Y LIBERTAD EN LOS ESTADOS UNIDOS

a volver a sus barcos, dejando un mensaje para el gobernador donde le aconsejaba "tener los ojos bien abiertos, porque antes de partir, si Dios le daba vida y fuerzas, pretendía apoderarse de parte de sus cosechas, que ellos sacan de la tierra y envían a España, para causar problemas a toda la Tierra".¹³ La exaltación del robo a gran escala ya era evidente en este mensaje. Y mientras esperaba la llegada del tesoro entreteniéndose en piraterías menores contra naves a vela en la zona costera, Drake agregó una nueva dimensión política a su aventura. Una vez en tierra, estableció contacto con un extraordinario grupo de hombres, los cimarrones, a quienes describe como "unos negros valientes que han huído de sus crueles amos, los españoles".¹⁴

Ahora bien, Drake había sido esclavista. Con su compañero John Hawkins no habían tenido el menor escrúpulo en mantener el tráfico, e incluso habían manifestado cierta indignación ante los esfuerzos australianos de portugueses y españoles por impedirlo. Parece improbable que una alianza con los cimarrones formara parte del plan original de Drake al ir a Panamá, o que esa alianza haya derivado de una objeción moral o filosófica a la esclavitud. Si hubiera obtenido el tesoro que estaba buscando en su primer ataque contra Nombre de Dios, no habría tenido ocasión de demorarse en el país. Pero tuvo tiempo de sobra y es evidente que, o hubo una simpatía mutua con los cimarrones, o ambos reconocieron que tenían intereses comunes o complementarios.

Los cimarrones no eran una pequeña banda de fugitivos temerosos. Los funcionarios de Nombre de Dios estimaron su número en más de 3,000.¹⁵ Desde su asentamiento principal en Vallano, 30 leguas al sur de Nombre de Dios, organizaban ataques relámpago periódicos contra las aldeas españolas en los que se llevaban como botín a la mayoría de los pobladores. Ya habían amenazado con incendiar Nombre de Dios y Panamá y, cuando supieron que los españoles preparaban una expedición en su contra, levantaron un patíbulo en el camino a Vallano y enviaron mensajes diciendo que "en ese patíbulo colgarían al capitán y cortarían las cabezas de quienes lo acompañaran",¹⁶ empresa en la que, sin embargo, no tuvieron éxito. Los cimarrones, evidentemente, recibieron a Drake como un aliado y aceptaron ayudarlo a emboscar la caravana de mulas que transportaba el oro de Perú desde las costas del Pacífico hasta Nombre de Dios. Se infiltraron en la ciudad de Panamá y averiguaron la hora de partida. Luego, una fuerza escogida de cimarrones e ingleses —a la que se sumaron algunos piratas hugonotes franceses—

preparó la emboscada. Aunque el primer intento falló —porque los aliados atacaron demasiado pronto la vanguardia de la caravana, con lo que permitieron que el cuerpo principal se retirara a la ciudad de Panamá—, el segundo fue un éxito y sus perpetradores obtuvieron una pequeña fortuna en oro y plata.

Es imposible decir hasta dónde pretendía Drake prolongar su alianza con los cimarrones, precisamente porque él jamás lo dijo. Pero las autoridades españolas en Panamá no abrigan ninguna duda al respecto. "Hicieron por cierto", informaron, "que el principal designio de estos ingleses es explorar y estudiar esta tierra, y la fuerza que hay en ella, con objeto de regresar de Inglaterra con más gente para saquearla y ocuparla".¹⁷ Es probable que Drake y su teniente, John Oxenham, no fueran tan ambiciosos, pero no cabe duda alguna de que no iban a permitir que los españoles continuaran usufructuando tranquilamente sus posesiones. Mientras esperaban la llegada de la caravana sus amigos cimarrones los llevaron a un puesto de observación en la copa de un árbol, en lo alto de un risco que daba a los dos océanos, Atlántico y Pacífico. En la primera vez que Drake veía el Pacífico y "le rogó a Dios todopoderoso que en su inmensa bondad le concediera vida y fuerzas para navegar alguna vez en un navío inglés por ese mar". Oxenham juró que "lo seguiría por la gracia de Dios".¹⁸

Los españoles ya habían comprendido que, con ayuda de los cimarrones, los ingleses llegarían al Pacífico y saquearían las naves desprotegidas que transportaban el tesoro de Perú a Panamá.¹⁹ Pero al buen entender de los españoles aquello sólo era el comienzo. Un funcionario afirmó que Nombre de Dios era "tan buena como perdida estaba".²⁰ Y un prisionero de los españoles aseguró que los piratas habían prometido a los cimarrones saquear la ciudad "y entregarles a todos los habitantes españoles, hombres y mujeres, que pueda tener, para que los hagan sus esclavos".²¹

Los españoles se dejaron asustar innecesariamente. Drake se marchó cargado de oro y plata sin haber vuelto a atacar Nombre de Dios, aunque sin cerrar tampoco las puertas a su alianza con los cimarrones. Tres años después, John Oxenham regresó al istmo con 50 hombres. Describió un cargamento de provisiones para los cimarrones del Atlántico, retiró los aparejos de su nave y la encalló e incendió para que durara con los herrajes. Con ayuda de los cimarrones, Oxenham y sus hombres llevaron todo aquello a Vallano y una vez allí, cerca del Pacífico,

construyeron un barco de 45 pies de quilla con sus aparejos. Hacia febrero de 1577, guiado por los cimarrones, Oxenham asaltaba los cargamentos españoles provenientes de Perú y los asentamientos españoles en las Islas de las Perlas. Los saqueadores se apoderaron de todo el oro, la plata y las joyas que encontraron a su paso, liberaron a 70 esclavos —que fueron devueltos a los cimarrones— y se tomaron el trabajo de profanar las iglesias papistas destrozando imágenes, altares y crucifijos.²²

Aparentemente, los ingleses habían comenzado a adoctrinar a los cimarrones en el odio al catolicismo, lo que sumó una nueva dimensión a la alianza. Los españoles informaron que los cimarrones se habían vuelto “unos luteranos” (así llamaban a todos los protestantes) fervorosos, como los ingleses.²³ Participaron con placer en la destrucción de la insignia católica gritando “Yo, inglés; luterano puro” e incluso exhortando a sus víctimas a “no creer en la Santísima Trinidad ni tampoco en Nuestra Señora, Santa María, afirmando que había un solo Dios”.²⁴

Una vez más, los españoles temieron lo peor. Estaban seguros de que Oxenham había sido enviado por su reina y planeaba “hacerse dueño y señor de todo este Reino”.²⁵ Si contaba con el apoyo de los cimarrones, no habría manera de impedirselo. Pero si Oxenham tenía esos planes, llegaron abruptamente a su fin cuando una fuerza española lo capturó y lo llevó a Lima. Allí fue colgado, y todos los ingleses conocidos que lo habían acompañado en la expedición fueron buscados y ejecutados o capturados. Los españoles lanzaron un suspiro de alivio, convencidos de que, si los ingleses hubieran escapado, “habrían regresado con una fuerza tal que, con la ayuda de los negros, se habrían convertido en amos del Pacífico, Dios no lo permita, porque ésa es la puerta de entrada a todo Perú”.²⁶

No sabemos si, con ayuda de los cimarrones, los ingleses podrían haber expulsado a los españoles del istmo. La importancia de esta alianza no radica en el éxito o el fracaso, sino en la luz que arroja sobre la idea que los ingleses tenían de sí mismos y del papel que debían desempeñar en el Nuevo Mundo. A pesar de que Drake había traficado esclavos, a pesar de que en esa misma época los ingleses estaban sometiendo a los nativos de Irlanda a un tratamiento bastante parecido al que Colón prodigara a los indios de La Española, los ingleses se habían presentado como libertadores en Panamá y se habían aliado con los negros en contra de los blancos. Les habían enseñado a los cimarrones sus creencias

religiosas y los habían involucrado en actos de piratería y pillaje, sazonalmente con un poco de justicia y revolución. Según parece, el prejuicio racial no perjudicó esa alianza. Por supuesto que los ingleses no estaban en posición de darse aires de superioridad, pero las crónicas sugieren una camaradería que iba más allá de los beneficios mutuos de la alianza. Cuando los españoles se toparon con ellos, habían acampado juntos a la orilla de un río y extendido una vela para obtener un poco de sombra y estaban comiendo una buena cantidad de cerdo en ollas y se divertían

mucho.²⁷ Por el momento, semejante combinación distó mucho de divertir a los españoles. Habían que no existía razón alguna para que el atractivo de los ingleses quedara confinado a los negros. El cimarrón no era el único punto de contacto que podía transformarse en aliado voluntario en los territorios españoles. Por cierto, Drake ya había comenzado a hacer contactos con algunos otros. Mientras Oxenham cruzaba con su barco el Pacífico, Drake se preparaba para su viaje alrededor del mundo y, hacia 1578, ya estaba bordeando la costa este de Sudamérica. Allí, en cada alto que hacía, su capellán, Francis Fletcher, reconocía el buen carácter de los nativos y la tristeza de su sometimiento. Cada vez que la expedición se topaba con reacciones hostiles, Fletcher las atribuía al hecho de que los nativos suponían que todos los hombres blancos eran portugueses o españoles. Pero cuando lograba establecer algún tipo de relación con los nativos, los encontraba encantadores. “Qué cosa tan lamentable”, exclamaba, “es que, por algún motivo, sean abusados como lo son todos aquellos sobre quienes los españoles tienen mando y poder”.²⁸

El viaje de Drake alrededor del mundo fue, en parte, un cruceo pirata, aunque casi siempre en la escala de la piratería por millones. Se hizo con casi medio millón y, si hubiera llegado a Perú antes de que capturaran a Oxenham, probablemente también habría robado parte de un tesoro, porque llevaba un cimarrón a bordo y podría haber aunado fuerzas con Oxenham en Panamá.²⁹ La reina de Inglaterra se abstuvo de respaldar abiertamente las depredaciones de Drake y confiscó la mayor parte del botín que el pirata llevó de regreso. Pero, aunque España reservó a voz en cuello la devolución de los bienes robados, Isabel decidió conservarlos y recompensar a Drake con un título de caballero. Su éxito lo había transformado automáticamente casi en un estadista. Aunque Isabel todavía no podía arriesgarse a una guerra abierta con España, Drake se había autoproclamado embajador extraoficial de Inglaterra

ante los enemigos más formidables de España en el Nuevo Mundo —los cimarrones— y adoptó públicamente la postura de amigo de todos los que sufrían bajo el yugo español. Podemos preguntarnos qué tan sincera podía ser su amistad o qué tan genuina podía ser su alianza con unos rebeldes que aspiraban al robo a gran escala. Pero las alianzas dignificadas por tratados solemnes con frecuencia albergan esa misma aspiración y, además, cabe señalar que las amistades entre pueblos diferentes rara vez trascienden el interés mutuo. La pregunta esencial es si los ingleses podrían haberlo, de hecho, habrían ofrecido a los cimarrones y otras víctimas de los amos españoles la misma clase de libertad que enorgullecía a los habitantes del territorio inglés.

En franco rechazo hacia la opresión sufrida bajo María Tudor y envueltos en el aura del entusiasmo por Isabel I, algunos ingleses tendían a pensar la libertad inglesa en términos globales. En particular, dos de ellos —que respondían ambos al nombre de Richard Hakluyt— estaban instando a sus compatriotas a llevar las bendiciones del gobierno inglés allende el mar y traer de regreso a Inglaterra no sólo las riquezas del Nuevo Mundo sino las que abundaban a lo largo y a lo ancho del planeta. Ninguno de los Hakluyt había hecho jamás un viaje transoceánico. Uno era un abogado mediocre; otro, su primo más joven y su protegido, era un clérigo mediocre que había consagrado sus días a la geografía antes que a Dios.³⁰ Ninguno había estado cerca de los centros de poder. Pero ambos estaban convencidos de que Inglaterra necesitaba más del mundo y de que el mundo necesitaba a Inglaterra. El más joven de los Hakluyt era también el más fervoroso; su gran logro fue una monumental colección de crónicas sobre los viajes ingleses por el mundo: *The Principal Navigations of the English Nation*.³¹ Aunque la primera edición no fue publicada hasta 1589 y la segunda edición aumentada no vio la luz hasta el año 1600, la compilación revela en qué dirección —a partir de las hazañas de un Drake o un Oxenham— se orientaba el pensamiento de los Hakluyt y otros ingleses en las décadas de 1570 y 1580.

The Principal Navigations... fue, de hecho, un triunfo de la edición creativa, una polémica en forma de colección de documentos. Mediante esta acumulación masiva de textos Hakluyt obsequió a sus compatriotas con un registro de los constantes logros de ultramar, ocurridos en los mismos años en que los ingleses marchaban varios pasos atrás de los españoles y los portugueses. El objetivo era no tanto hacer que los ingleses se enorgullecieran de su pasado como espolpearlos para que se embarcaran

en aventuras mayores allende el mar. El esfuerzo de Hakluyt es comparable al de los parlamentarios ingleses de la época en favor de la libertad política. La libertad moderna puede ser considerada, en gran medida, un invento inglés, y algunos de sus principales inventores fueron eruditos que estudiaron el pasado en busca de precedentes que magnificaran el poder de la Cámara de los Comunes. Los que encontraron eran a menudo de dudosa validez histórica, pero la insistencia del Parlamento los transformó en baluartes de los privilegios parlamentarios y de los derechos populares e imposibilitó el gobierno arbitrario de un monarca absoluto en Inglaterra. Del mismo modo, para magnificar el poder global de Inglaterra, Hakluyt buscó antecedentes en el pasado, muchos de ellos de igualmente dudosa validez. Pero no recurrió a la artimaña de adular los textos para adecuarlos a sus intenciones. Mantuvo los estándares de exactitud editorial por encima de la tendencia imperante en la época. Tampoco excluyó las narrativas que no glorificaban a sus compatriotas. Jamás perdió la pasión académica por la inclusividad, pero sí supo utilizarla a favor de sus propósitos. La adopción de criterios de relevamiento generosos le permitió incorporar en el libro documentos que transmitían la fuerte insinuación de que los ingleses debían gobernar el mundo que habían descubierto.

Si bien Hakluyt consagró el grueso del libro a los espectaculares viajes ocurridos en su propia época, supo colocar al lector en un marco mental receptivo al conducirlo primero a través de las proezas semimíticas de los pioneros ingleses que ampliaron el pequeño mundo conocido por las generaciones anteriores. En las primeras páginas figuraba el insuperable ejemplo del Rey Arturo, para quien "Este reino era demasiado pequeño [...] y cuya mente no se contentaba con él" y que, en consecuencia, se había apoderado de Noruega, Islandia, Groenlandia y otros países septentrionales donde la gente "era feroz y salvaje, y no tenía amor hacia Dios ni hacia sus vecinos".³² Y también estaba el Rey Edgar, quien había navegado anualmente con una armada de 4.000 barcos alrededor de un imperio (cuyos límites no estaban especificados) que los ingleses todavía no estaban en condiciones de "recuperar y disfrutar".³³ El famoso poema de 1436 sobre el poder marítimo, *The Libelle of Englyshe Polycy* que Hakluyt incluyó completo—, enseñaba cómo recuperarlo instando a los ingleses "a hacer que esta Tierra tenga dominio del Mar".³⁴ Asimismo había precedentes para la expansión en la descripción que Isaac Chaucer de los caballeros que "debieron en su tiempo adentrarse

en Prusia y en Letonia, y en otras tierras paganas, para defender la fe cristiana contra los infieles y los malvados, y buscar el honor por la hazaña de las armas".³⁵ Quizás había incluso una lección que aprender en la crónica de Juan de Plano Carpini acerca de la salvaje tiranía de los tartaros sobre los pueblos bárbaros de Asia septentrional, tan diferente del gobierno libre y cristiano que ejercían los reyes de Inglaterra.³⁶

Como tantos otros imperialistas, Hakluyt estaba convencido de que el mundo funcionaría mejor bajo el dominio de su país y de que todas las buenas personas lo aceptarían de buen grado. ¿Quién no abandonaría alegremente la tiranía de España por la benevolencia y la libertad del gobierno inglés? La idea se le ocurrió al enterarse de la alianza de Drake con los cimarrones e impulsó sus primeros planes para fundar una colonia inglesa de ultramar. En 1579 o 1580, mientras Drake completaba su circunnavegación, Hakluyt quería que los ingleses se apoderaran del estrecho de Magallanes —la puerta del Pacífico— y fundaran allí una colonia. El objetivo era claramente el imperio; pero el medio para lograrlo residía en la liberación de la tiranía y la esclavitud que el tipo de gobierno de Inglaterra ofrecería a los colonos, quienes debían ser principalmente cimarrones. Según Hakluyt, los cimarrones eran "un pueblo que detestaba el arrogante gobierno de los españoles". Como confiaban en Drake, estarían contentos de trasladarse al estrecho por cientos o por miles. Serían "fácilmente inducidos a vivir bajo el moderado gobierno de los Ingleses". La colonia también sería fácil de sostener porque los españoles eran demasiado afeminados para soportar el riguroso clima del estrecho, mientras que el cimarrón, criado "en absoluta lejanía de toda delicadeza", se sentiría feliz allí "cuando gracias a una buena provisión se encontrara en abundancia alimentado, abrigadamente vestido y bien alojado, y liberado por nuestra nación del tirano español, y serena y gentilmente gobernado por nuestra nación". Con la ayuda de los cimarrones liderados por capitanes ingleses y con una buena armada, Inglaterra recorrería la costa del Pacífico hasta América del Sur y podría "someter a Inglaterra todas las minas de oro de Perú".³⁷

Los cimarrones no tenían por qué ser el único pueblo que saliera beneficiado estableciéndose en la colonia del estrecho. Hakluyt también pensaba que ésta podría albergar a "hombres y mujeres ingleses condenados, quienes acaso encontrarían allí la esperanza de enmendarse".³⁸ La emigración les brindaría una segunda oportunidad a esos infortunados. El proyecto de Hakluyt, como la alianza de Drake con los cimarrones, no

tenía nada de alguna de prejuicio racial, salvo por la propuesta de enviar a los cimarrones ingleses al mismo lugar que a los cimarrones. Que los cimarrones disfrutaran de la misma libertad que tenían los ingleses podía haberse acordado cuando Hakluyt admite que, en última instancia, podía llegar a independizarse. "Admito" decía "[...] que los ingleses allí establecidos podrían aspirar a gobernarse a sí mismos; no obstante, esto sería mejor que lo que hace el Español, que atormenta con el tesoro de plata a todos los países de Europa."³⁹ Si bien no agrega que los cimarrones podrían compartir la aspiración de autogobernarse, tampoco sugiere que cayó a ser sometidos a alguna clase de esclavitud. Y, por tanto, la migración voluntaria que vislumbraba para ellos parecería haberse tal intención.

Hakluyt no siguió la propuesta de Hakluyt, pero la idea de la colonia inglesa ya estaba en el aire hacia 1579 o 1580. Y la colonia Roanoke de 1585 estaba a solo cinco años de distancia. Tanto Drake como Hakluyt habían involucrados de cerca en ese emprendimiento. Algunas de las ideas presentadas que llevaron a esa iniciativa ya debían de ser evidentes por la experiencia ganada por Drake y otros corsarios en el Caribe que era la única disponible para guiar a los colonos de Roanoke. Mientras Drake y Chamham estaban sondeando al imperio español en su propio nombre, otro conjunto de ingleses, más al norte en el Nuevo Mundo, estaba un aprendizaje de colonización un tanto diferente.

Los españoles hubieran pensado que el territorio ubicado al norte de Florida valía la pena, probablemente se habrían adueñado de él. Lo rechazaron para ver qué ofrecía, en expediciones destinadas a medir su propia capacidad de resistencia y los recursos naturales del continente. Lo que vieron no los tentó, y aunque los preocupaba que otros países europeos hicieran pie en la zona, jamás ocuparon esa zona. Los ingleses no parte porque los españoles habían patrocinado el viaje de Juan Caboto a América del Norte en 1497, en parte por su propia ubicación septentrional y en parte porque los españoles no estaban allí— comenzaron a pensar el norte del continente americano como su parte del Nuevo Mundo.⁴⁰ Querían encontrar un paso hacia el Pacífico a través o más arriba de ese sector del continente, pero hacia 1570 también pensaban en ocuparlo. Para hacerlo, tendrían que establecer alguna clase de relación con los nativos. Dado que los indios del norte no habían sufrido a manos de los españoles, no necesitaban ser liberados y hasta era probable que no

vieran con buenos ojos el dominio inglés. ¿Cómo harían entonces para acercarse a ellos?

Los ingleses sabían cómo lo habían hecho los españoles en el sur por haber leído a Pedro Mártir, cuyas crónicas dejaban en claro que había dos clases de indios en el Nuevo Mundo. Por un lado estaban los pueblos amistosos y tratables, como los arahuacos o arawaks que Colón había encontrado en La Española; por el otro, los pueblos hostiles y desagradables como los caníbales (variación de "Caribe") que Colón había encontrado en varias otras islas caribeñas. Los exploradores posteriores comenzaron a llamar caníbales virtualmente a todas las tribus poco amistosas, ya fueran oriundas de las islas o del continente. Por definición, los indios buenos odiaban a los caníbales y aceptaban la ayuda de los españoles para combatirlos. Y, con el apoyo de los indios buenos, un puñado de españoles se había adueñado de los populosos imperios de Moctezuma y de los Incas.⁴¹

Supuestamente la principal característica de los caníbales era aquella a la que el mundo occidental ha dado desde entonces ese nombre. Pero su característica más visible era la hostilidad hacia los invasores. En las crónicas españolas casi no hay relatos de testigos que hayan visto a alguien comer carne humana, aunque abundan las narraciones acerca de tribus hostiles a las que los invasores inmediatamente identifican como caníbales. Cuando los ingleses pensaron en ocupar América del Norte, esperaban encontrar también allí esas dos clases de indios y que los buenos recibirían de buen grado toda la ayuda que pudieran brindarles contra los malos. La ayuda inglesa conllevaría, por supuesto, el moderado gobierno inglés y sería preferible, desde luego, a la tiranía de las tribus malas.

El primer intento inglés a gran escala de establecer una colonia en América del Norte ocurrió en un área tan inhóspita que apenas tenía algunos habitantes nativos, y los pocos que había parecían ser del tipo equivocado. Buscando un paso noroeste hacia el Pacífico, Martin Frobisher encontró cierta cantidad de mineral de hierro en una isla cercana a Baffin. Los expertos en minerales de Inglaterra determinaron luego que se trataba de oro. Frobisher también encontró un pueblo que no le dio la bienvenida con la cordialidad propia de los indios buenos. Más aún: cinco de sus hombres desaparecieron entre los indios, presuntamente en sus gargantas. Cuando Frobisher regresó a Baffin con una expedición a gran escala de once barcos, ya no confiaba en mantener relaciones

amistosas con los nativos ni tampoco contaba con que éstos lo ayudaran a cargar el mineral en las naves. En cambio, llegó acompañado por soldados y pobladores dispuestos a adueñarse de la tierra, extraer oro y establecer una colonia permanente dedicada a la minería aurífera. Los planes de colonización de Frobisher expiraron cuando las 200 toneladas que llevó a Inglaterra resultaron ser una montaña de oro falso. Nunca indicó qué lugar habrían ocupado los indios en su proyecto de haber tenido éxito, pero dio una pista de qué tan cuidadoso habría sido su gobierno cuando, en su primer viaje, atrajo a un hombre que navegaba en un kayak cerca de su barco y, tomándolo del brazo, lo subió a bordo con kayak y todo y lo llevó de regreso a Inglaterra para mostrárselo a la reina. No era así como Drake había tratado a los cimarrones.⁴²

Sin embargo, la de Frobisher era una conducta afín a la que tenían los ingleses en otro territorio cuyos nativos se mostraron poco amistosos.⁴³ Los salvajes irlandeses no tenían flechas envenenadas y no podían oponer demasiada resistencia a los invasores. Quizás haya sido por eso que los ingleses que los dominaron en el siglo XVI no los denominaron caníbales.⁴⁴ Pero los irlandeses, al igual que los esquimales, eran a todas luces un tipo equivocado de pueblo. Desde la perspectiva inglesa, eran bárbaros, sólo nominalmente cristianos e intratables en líneas generales. Por consiguiente, no intentaron encontrar un grupo de irlandeses buenos para aliarse con ellos. Consideraban que sólo podrían volverse buenos —es decir, cristianos y civilizados— a través de la sumisión. Los que no quisieran someterse serían exterminados y reemplazados por pobladores de mayor mérito provenientes de Inglaterra. Sir Humphrey Gilbert, quien ganó su título de caballero sometiendo irlandeses, propuso una colonia que llevaría la paz y la prosperidad a Irlanda reemplazando a los irlandeses rebeldes por ingleses.⁴⁵ El hecho de que Gilbert transfiriera su interés de Irlanda al Nuevo Mundo ciertamente no fue un buen augurio para las relaciones entre los ingleses y los indios de América del Norte.

Después del fracaso de Frobisher, Gilbert tenía en la mira un territorio ubicado al sur del área que Frobisher había abandonado. Proyectaba conformar un asentamiento permanente de ingleses que serviría a numerosos y diferentes propósitos, entre ellos, de base para las incursiones piratas contra los españoles. Prometiéndoles a los inversores posesiones espléndidas en el Nuevo Mundo, Gilbert reunió a un grupo de socios dispuestos a financiar la inmigración de trabajadores y mendigos ingleses. Los pobres desdichados —como los criminales en la colonia

del estrecho de Magallanes soñada por Hakluyt— encontrarían su redención en las oportunidades económicas que les ofrecería la nueva tierra, y al mismo tiempo su trabajo en la colonia enriquecería a los caballeros que los financiaran.⁴⁶

Aunque la reina Isabel le otorgó un fuero que lo autorizaba a reparar tierras americanas a los inversores, Gilbert tuvo que considerar la cuestión de cómo habría de tratar con sus dueños u ocupantes actuales. No había razón alguna para suponer que las regiones templadas de América del Norte tuvieran menor densidad de población que los trópicos. Y conquistar por la fuerza de las armas a los nativos, como lo había hecho en Irlanda, podría requerir más hombres y líneas de abastecimiento más extensas imposibles de conseguir sin el financiamiento del gobierno. Sería más sabio y más seguro poner en práctica la estrategia española de aliarse con los indios buenos en contra de los malos. Ese fue el consejo que el mayor de los Hakluyt le dio. No había nada más importante, le dijo, que estar en buenos términos con los indios del área donde pensaba asentarse. De esa manera, los ingleses conocerían "todas sus necesidades, todas sus fortalezas, todas sus debilidades, y con quienes estaban en guerra, y con quienes convivían en paz y amistad".⁴⁷ Que los indios de la costa se mostraran hostiles no era motivo para modificar la estrategia. Más bien habría que levantar el primer asentamiento fortificado en la desembocadura de un río, preferentemente en una isla. De este modo, si los indios vecinos resultaban ser caníbales, los ingleses podrían enviar una expedición río arriba o a lo largo de la costa para entablar contacto con los indios buenos.⁴⁸

Gilbert confirmó lo deseable de la estrategia durante una conversación con David Ingram, un inglés que había sobrevivido a la batalla de San Juan de Ulúa. Lo habían dejado en la costa, o al menos eso afirmaba, y había cruzado a pie el continente hasta Nueva Escocia, donde un barco pesquero lo había recogido y llevado de regreso a su casa. Según Ingram, América del Norte estaba plagada de indios en guerra entre sí, y los más temidos eran los caníbales, "que se alimentan de la carne de los hombres, y tienen dientes de perro, y los persiguen con voracidad para comer su carne, y los devoran". Era indudable que los indios buenos perseguidos por los caníbales recibirían con agrado la protección de los ingleses y estarían dispuestos a entregarles en prueba de agradecimiento "tanta cantidad de tierra cultivable como correspondía a las expectativas de los cristianos y a su contento".⁴⁹

También era indudable que los indios buenos trabajarían para los ingleses produciendo todas las mercancías que el suelo brindara. Habían estado dedicado exclusivamente a la piratería, Drake no había tenido que pensar cómo hacer que otros trabajaran para él, salvo los tripulantes de sus barcos, y la obligación disponible hacía un capitán a bordo de un barco siempre había sido extraordinaria.

Hakluyt jamás se había enfrentado realmente con la cuestión del trabajo en la soñada colonia que propuso para el estrecho de Magallanes. Probalber había llevado mano de obra inglesa asalariada y su colonia no había durado lo suficiente para establecer relaciones con los nativos. En consecuencia, en lo atinente al trabajo, Gilbert no tenía más orientación que el ejemplo español, que rechazó. No contaba con descubrir yacimientos de oro o plata. Aunque naturalmente esperaba encontrar tesoros y hallar un paso al noroeste, vislumbraba un asentamiento donde los colonos cultivarían la tierra y producirían mercancías corrientes, ya se tratara de las que el suelo ofrecía naturalmente o de aquellas que el ingenio humano pudiese extraerle: pieles, pescados, tintes, madera y muchas cosas más. Hakluyt le había asegurado que, por muy estéril que pareciera la tierra, "se puede hacer que todos los suelos del mundo, por medio del arte, lleguen a producir cosas para alimentar y vestir a los hombres".⁵⁰ Tras haber evaluado el trabajo que se necesitaba para que la tierra diera sus frutos, Gilbert y sus socios decidieron emplear tanto indios como indios. En ambos casos, razonaron, el único estímulo necesario sería el consuelo que les proporcionaría el trabajo bien dirigido.

Christopher Carleill, un partidario entusiasta, recordó que muchos mendigos ingleses, hasta entonces inútiles, se habían transformado en hombres nuevos cuando les habían dado tareas para hacer en el ejército inglés en los Países Bajos.⁵¹ Si los indiferentes eran embarcados a América del Norte, seguramente tendrían mucho más que hacer y llevarían mejor vida que en el ejército. Y otro tanto ocurriría con los indios, que hasta el momento a duras penas se ganaban la vida, sin ropas ni vivienda adecuadas, y que serían transformados por los consuelos materiales de la civilización y los consuelos espirituales del cristianismo. Sir George Peckham, que intentaba patrocinar una comunidad especial dentro de la colonia, creía que los indios "en cuanto le tomen el gusto a la civilización, encontrarán un maravilloso deleite en cualquier atuendo, por sencillo que sea".⁵² Y el interés por los adornos de la civilización los apartaría del indolente estilo de vida que hasta entonces los había llevado a

tomar de la tierra sólo aquello que "la tierra por sí misma naturalmente produce".⁵³ Los ingleses les enseñarían "cómo ahorrar y utilizar la décima parte de sus tierras, y cómo producir más bienes para el uso necesario de la vida humana de los que producen ahora".⁵⁴ En consecuencia, "poco a poco abandonarían su vida bárbara y salvaje y convivirían en orden y civilidad con nosotros, y a partir de entonces podríamos esperar una cantidad y diversidad de productos en nada inferior a las que hoy tienen Holanda, Italia, Francia o España".⁵⁵

Era el proyecto de Utopía: los benefactores ingleses conviviendo con los indios, beneficiados y ambos disfrutando de nuevas comodidades y consuelos en paz y prosperidad tras haber expulsado a los canibales a alguna región remota. Por cierto, si releemos la *Utopía*, veremos que Sir Tomás Moro imaginó algo parecido para su estado ideal cuando describió la forma utópica de colonización:

[...] enrolan a ciudadanos de todas las ciudades [en Utopía] y, en el continente más cercano a ellos, allí donde los nativos tienen mucha tierra deshabitada y sin cultivar, fundan una colonia bajo sus propias leyes. Se unen con los nativos si éstos están dispuestos a vivir con ellos. Cuando esta unión ocurre, las dos partes se fusionan gradual y fácilmente y juntas absorben el mismo modo de vida y las mismas costumbres para gran ventaja de ambos pueblos. Mediante sus procedimientos hacen que la tierra alcance para ambos, la misma tierra que antes parecía pobre y yerma a los nativos. Los habitantes que se rechusan a vivir de acuerdo con sus leyes son expulsados del territorio que anhelan trabajar. Si se resisten, les declaran la guerra. Consideran la causa más justa de guerra cuando un pueblo que no usa su suelo, sino que lo mantiene ocioso y yermo, no obstante prohíbe su uso y posesión a otros que, por mandato de la naturaleza, deberían alimentarse de él.⁵⁶

Es probable que Gilbert, como los ciudadanos de Utopía, estuviera dispuesto a expulsar a los salvajes poco cooperativos de las tierras sin cultivar de las que no quisieran desprenderse. Sir George Peckham aventuró su propia opinión: "Verdaderamente creo que Dios creó la Tierra con el fin de que, por medio del cultivo y la labranza, proveyera todo aquello que es necesario para la vida del hombre".⁵⁷ Se esperaba que los indios

entregaran sus tierras en forma voluntaria y, del mismo modo, trabajaban bajo la guía de los ingleses. Pero la tierra sólo podía serles justa si no era arrebatada, incluso en Utopía, a aquellos que no la trabajaban. El trabajo estaba primero y los derechos de propiedad ocupaban el segundo lugar. ¿Y dónde quedaba entonces la libertad? ¿Y si los indios rechazaban los incentivos de la civilización y se negaban a trabajar por algo que no les interesaba? Los españoles ya se habían hecho —y respondido— esa misma pregunta en La Española. En 1517 un grupo de frailes de la orden de San Jerónimo había investigado el tratamiento dado a los indios que sobrevivieron, llegando a la conclusión de que estaba justificado porque los nativos no trabajaban a menos que los obligaran a hacerlo.⁵⁸ Había que obligarlos a trabajar para España —y así lo había proclamado el gobierno español ya en 1513— "para impedir que vivan en el ocio".⁵⁹ El trabajo triunfó sobre la libertad y sobre la propiedad en La Española. Ni Gilbert ni Tomás Moro llegaron a esa misma conclusión. Moro simplemente habría expulsado de su Utopía a los nativos holgazanes. Gilbert y sus amigos probablemente habrían hecho otro tanto, pero nunca debieron afrontar esa situación. Después de un viaje de reconocimiento preliminar por Terranova y el golfo de Maine, Gilbert se extravió en alta mar cuando regresaba. Su colonia jamás llegó a fundarse.

Los ingleses que se establecieron en América del Norte tuvieron que enfrentar el problema de los trabajadores renuentes a trabajar, no sólo los nativos sino también los indigentes traídos de Inglaterra. Pero en 1603, el año en que se hundió el barco de Gilbert, los planes ingleses para el Nuevo Mundo no incluían la esclavitud ni los trabajos forzados de ninguna clase. Por supuesto que tratarían con rigor a los canibales, pero quienes se aliaran con los ingleses —ya se trataba de los cimarrones del sur o de los indios buenos del norte— disfrutarían de un gobierno moderado, de la civilización, del cristianismo, de la tecnología superior y de la abundancia. Hasta aquí habían llegado la experiencia y el pensamiento inglés sobre América cuando Walter Raleigh hizo converger en su colonia de Roanoke la experiencia meridional de Drake, los planes septentrionales de Gilbert y la experta orientación de los Hakluyts.